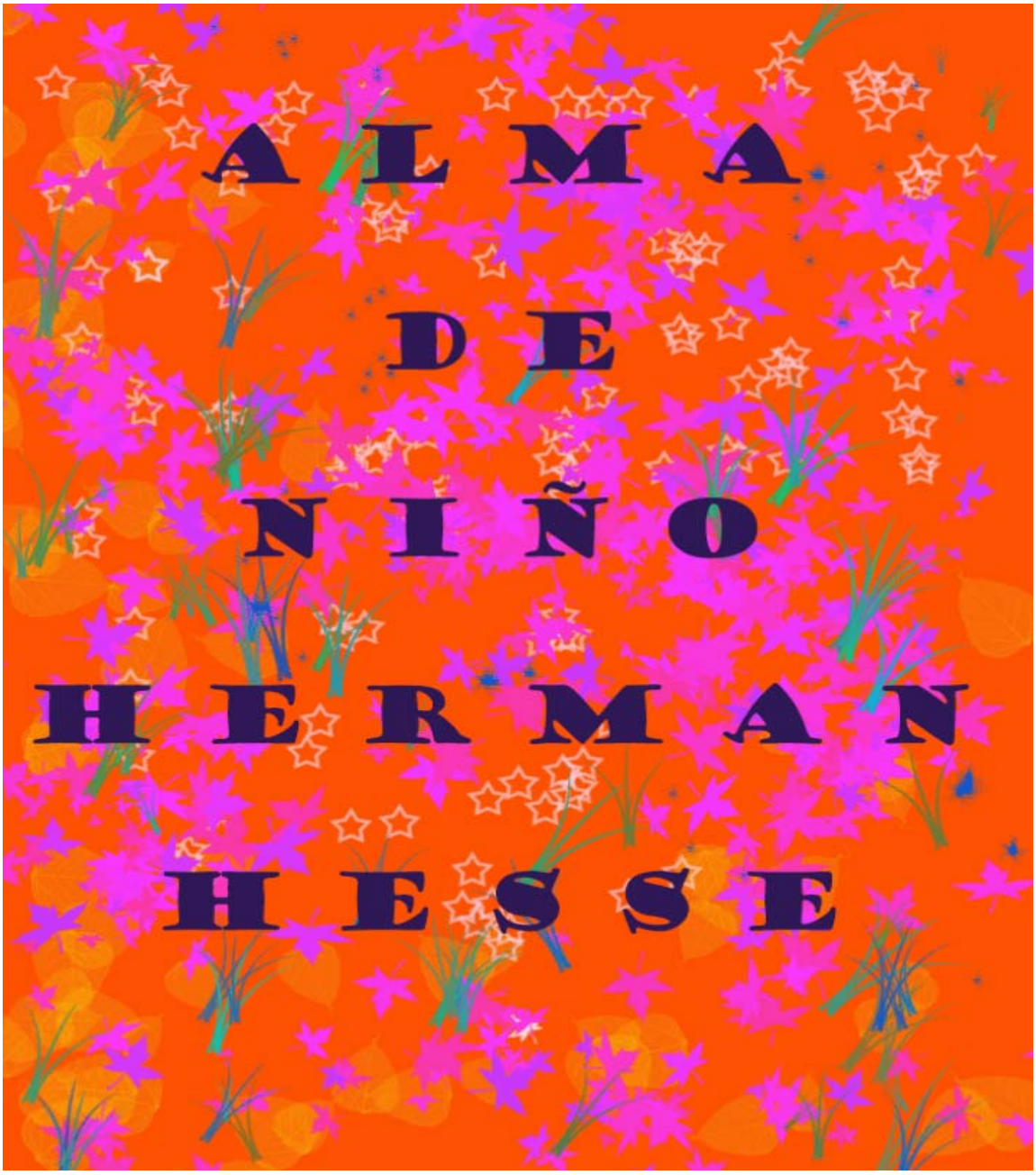
LIBRO dot.com

ALMA DE NIÑO

HERMAN HESSE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ALMA DE NIÑO

HERMAN HESSE

A VECES ACTUAMOS, vamos de un sitio a otro, hacemos esto o aquello y todo resulta fácil, ingrávido, incluso gratuito. Todo podría ser distinto, naturalmente. En otras ocasiones, sin embargo, nada podría ser diferente de como es, nada gratuito ni fácil; cada uno de nuestros gestos está ya determinado, marcado por el destino.

Los actos de nuestra vida considerados buenos y sobre los que nos gusta hablar pertenecen a ese primer tipo, al «fácil»; los olvidamos con rapidez. Los otros, de los que raramente hablamos, no los olvidamos nunca, nos pertenecen más y su sombra cubre todos los días de nuestra vida.

La casa paterna, grande y clara, se halla en una calle luminosa. Se entra por una puerta alta. Pero, apenas dentro, te apresa el frío, la penumbra, el aire húmedo, pétreo. Nos recibe un sombrío vestíbulo alto y silencioso. El suelo de ladrillos rojos conduce, en ligera pendiente, hacia la escalera situada al fondo, en el claroscuro. Mil veces pasé por esta puerta sin prestarle atención, sin fijarme ni en el pasillo, ni en las baldosas, ni en la escalera. De todas formas constituye el paso a otro mundo, a «nuestro» mundo. El vestíbulo huele a piedra, es tenebroso; la escalera conduce de la fría oscuridad a la luz, arriba, a la luminosa felicidad. Pero siempre antes que todo está el vestíbulo y las lúgubres sombras. Algo del padre, algo de su majestad y poder, algo de culpabilidad y castigo. Mil veces lo crucé riendo. Pero en algunas ocasiones, al entrar, inmediatamente sentía sofoco, opresión, miedo; en seguida buscaba la escalera liberadora.

Un día, tenía yo once años, llegué de la escuela. Era uno de esos días en que el destino está al acecho en cada rincón, en que fácilmente puede pasar algo. En semejantes días parece que cada perturbación y trastorno de nuestra alma se refleja en el mundo circundante y lo altera. Miedo y desasosiego oprimen el corazón y buscamos - y encontramos— la presunta causa fuera de nosotros. Consideramos mal hecho el mundo y tropezamos por doquier con resistencias.

Así era aquel día. Desde temprano sentía opresión. ¿Quién sabe por qué? Tal vez por una pesadilla. Me oprimía un sentimiento de mala conciencia, a pesar de que no había hecho nada especial. Por la mañana la cara de mi padre tenía una expresión de dolor, estaba llena de mudos reproches; la leche del desayuno resultó insípida, fría. En la escuela no tuve, realmente, problemas, pero de pronto todo tenía un sabor desesperante, apagado y desalentador. A ello se unía la sensación,

que ya conocía, de impotencia y desazón, sensación que nos dice que el tiempo es infinito y que nosotros seremos pequeños y débiles eternamente. Siempre estaremos en esa estúpida y hedionda escuela. Años y años. La vida, toda, es absurda y repugnante.

Aquel día incluso me enfadé con mi mejor amigo. Hacía poco que había hecho amistad con Oskar Weber, hijo de un maquinista, sin saber a ciencia cierta lo que en él me atraía. En una ocasión se jactó de que su padre ganaba al día siete marcos y yo le repliqué, al azar, que el mío ganaba catorce. Se dejó impresionar sin hacer ninguna objeción. Así comenzó todo. Unos días después Weber y yo fundamos una asociación. Hicimos un fondo común con el que más tarde pensábamos comprar una pistola. La pistola estaba en el escaparate de una ferretería. Era un arma maciza con dos cañones azulados. Weber había calculado que con sólo ahorrar en serio una temporada podríamos comprarla. Dinero siempre había, él lo recibía con frecuencia, para sus gastos, o a veces lo encontraba en un callejón, o hallaba cosas de valor como herraduras, pedazos de plomo que se vendían bien. En seguida aportó unas monedas y me convenció de que nuestro plan era perfectamente posible y realizable.

Mientras aquel mediodía penetraba en el vestíbulo de mi casa y me sumergía en la fría y cavernosa atmósfera, entre oscuras advertencias de mil cosas incómodas y odiosas, mis pensamientos estaban ocupados en Oskar Weber. Sentía que no le quería, a pesar de que su rostro bondadoso, que recordaba el de una lavandera, me era simpático.

Lo que me atraía en él no era su persona, sino otra cosa: su manera de ser que se reflejaba en todas sus hazañas, un cierto modo de vivir audazmente, una desenvoltura ante el peligro y la adversidad, una seguridad en las pequeñas cosas prácticas de la vida, con el dinero, con las tiendas, con los talleres, con las mercancías y los precios, con la cocina y la ropa. Los muchachos como Weber, a quienes los golpes de la escuela no parecían doler y que se hacían amigos de cocheros, criados y obreras, estaban en el mundo de otra manera, más seguros; eran, como quien dice, adultos. Sabían cuánto ganaba su padre y sabían, sin duda, otras muchas cosas de las que yo no tenía ninguna experiencia. Se reían de expresiones y de chistes que yo no entendía. Y reían de un modo inalcanzable para mí, de forma grosera y cruda, pero indiscutiblemente «adulta» y «varonil». No servía de nada el que yo fuera más inteligente que ellos, que supiera más en la escuela. Como no servía de nada ir mejor vestido, peinado y más limpio. Al contrario, estas diferencias les favorecían. Muchachos como Weber podían penetrar sin ninguna dificultad en este mundo que flotaba ante mis ojos, en fantástico claroscuro, mientras que para mí estaba excesivamente cerrado y cada una de sus puertas debía ser conquistada a fuerza de crecer, de infinitos años *de* escuela, de exámenes y ardua educación. Naturalmente tales muchachos encontraban además herraduras, dinero, trozos de plomo, recibían una cantidad para sus gastos y propinas y regalos, y, de cualquier modo, prosperaban.

Presentía que mi amistad con Weber, nuestro fondo común, eran sólo nostalgia de «aquel mundo». Lo que realmente apreciaba en Weber era su gran secreto, gracias al cual estaba más cerca de los adultos que yo, con mis sueños; vivía en un mundo sin velos, desnudo, robusto. Y presentía la decepción: no conseguiría arrebatarle su secreto ni la llave mágica para entrar en la vida.

Acababa de dejarle. Sabía que iba a casa, ancho y corpulento, silbando alegre sin preocuparle ninguna nostalgia ni pensamiento. Si tropezaba con chicas de servicio y obreros, y veía su vida enigmática, tal vez prodigiosa, tal vez criminal, no se sentía ante ningún enigma o misterio, ante ningún peligro, ante nada salvaje ni emocionante, sino ante algo natural, conocido y familiar para él como el agua. Así era. Y yo, en cambio, siempre me quedaría al margen, solo e inseguro, lleno de presentimientos, pero sin certeza.

Aquel día la vida sabía a desesperación, a insipidez; el día tenía algo de lunes, a pesar de ser sábado, olía a lunes, tres veces más largo y tres veces más aburrido que los demás días. Esta vida era condenada y antipática, falaz y asquerosa. Los adultos actuaban como si el mundo fuera perfecto y ellos semidioses, y nosotros, los chicos, sólo heces y escoria. ¡Qué maestro! Uno sentía aspiración, ambición, tomaba decisiones honradas y apasionadas encaminadas al bien: para aprender los verbos irregulares griegos o para conservar limpio el traje, para obedecer a los padres o para soportar callada y heroicamente todos los dolores y humillaciones. Sí, uno siempre vuelve a levantarse, ardiente y devoto, para consagrarse a Dios y para ir por la senda ideal, limpia y noble hacia la altura, para ejercer la virtud, para sufrir silenciosamente el mal, para ayudar a los demás. ¡Ah, soportar! Siempre quedaba un arranque, un intento y el corto vuelo. Siempre volvía a pasar algo, después de unos días o después de unas horas, que no debería pasar, algo miserable, triste y humillante. ¡Siempre, dejando las firmes y nobles determinaciones y promesas, se recaía inevitablemente en el pecado y la infamia! ¿Por qué uno comprendía tan perfecta y profundamente la belleza y corrección de los buenos propósitos y los sentía en el corazón, mientras que toda la vida —adultos incluidos— apestaba a rutina y estaba siempre dispuesta a dejar triunfar lo sórdido y lo vulgar? ¿Cómo era posible que por la mañana de rodillas sobre la cama, o por la noche ante velas encendidas, uno se uniese con sagrado juramento a lo bueno y a lo divino, llamase a Dios y declarase la guerra para siempre a todos los vicios, y quizá sólo un par de horas más tarde pudiese traicionar miserablemente este juramento sagrado con una risa seductora o con una tonta broma de colegial escuchada con complacencia? ¿Por qué era así? ¿Era distinto para los otros? ¿Los héroes, los romanos y los griegos, los caballeros, los primeros cristianos habían sido todos distintos, mejores, más perfectos, sin malos instintos, equipados con algún órgano que a mí me faltaba, que les impedía caer del cielo a lo vulgar, de lo sublime a lo deficiente y mísero? ¿Desconocían los héroes y los santos el pecado original? ¿Quizá lo santo y lo noble sólo era posible de forma reducida, rara y selecta? ¿Pero por qué había nacido en mí,

si no era ningún elegido, esta inclinación hacia lo bello y noble, este anhelo salvaje y sollozante de pureza, bondad y virtud? ¿No era para escarnio? ¿En el mundo de Dios podía ser que un hombre, un muchacho, tuviese al mismo tiempo elevados sentimientos y malos instintos y hubiese de sufrir y desesperar, como una figura desgraciada y cómica, para dar gusto al Dios espectador? ¿Sucedía así? ¿Y no era el mundo entero una burla diabólica, digna de desprecio? ¿No era Dios un monstruo, un loco, un bufón necio y repugnante? ¡Ah, mientras yo pensaba esto con dejo de lujuria rebelde, mi inquieto corazón me castigaba ya temblando por la blasfemia!

¡Qué claramente vuelvo a ver ante mí, después de treinta años, aquella escalera con las altas y sucias ventanas que se abrían a la pared vecina y que daban tan poca luz, con los fregados peldaños de abeto y los rellanos y la barandilla de madera dura y lisa que yo había pulido- con mis infinitos descensos a toda velocidad. Queda tan lejos la infancia y en suma me parece tan incomprensible y fabulosa; sin embargo, recuerdo perfectamente todo el dolor y la discrepancia que ya entonces, en plena felicidad, existía en mí. Todos estos sentimientos ya estaban en el corazón del niño, idénticos a los que han quedado: duda en el propio valor, vacilación entre la autovaloración y la cobardía, entre la idealización despreciativa del mundo y la vulgar sensualidad. E igual que entonces, más tarde y centenares de veces, vi en esos rasgos de mí ser tanto despreciable enfermedad como perfección. A veces creo que Dios quiere llevarme por este camino angustioso haría un especial retiro y ahondamiento, y otras veces sólo hallo los síntomas de una mezquina debilidad de carácter, de una neurosis, que en la vida arrastran penosamente millares de almas.

Si tuviera que reducir todos los sentimientos y sus angustiosas contradicciones a un sentimiento fundamental y designarlo con un solo nombre, no sabría más palabra que la de miedo. Era miedo, era miedo e inseguridad lo que sentía todas aquellas horas de interrumpida felicidad infantil: miedo al castigo, miedo a la propia conciencia, miedo a los impulsos de mi alma que consideraba prohibidos y criminales.

También aquel día, en el momento que subía la escalera, me sobrecogió este sentimiento de miedo; la escalera se iluminaba al acercarme a la puerta de cristal. El miedo empezaba con una angustia en el bajo vientre que subía hasta el cuello y allí se convertía en sofoco o en náuseas. Siempre sentía simultáneamente, como ahora, una penosa vergüenza, una desconfianza ante todo espectador, un ansia de estar solo y escondido.

Con aquel mísero y maldito sentimiento, un verdadero sentimiento de delincuente, llegué al corredor y a la habitación. Me decía: hoy el diablo anda suelto, pasará algo. Lo captaba como el barómetro registra los cambios de presión, con irremediable pasividad. ¡Ah, volvía de nuevo lo indecible! El demonio rondaba sigilosamente por casa, el pecado original roía el corazón; detrás de cada pared había un espíritu colosal e invisible, un padre y un juez.

Aún no sabía nada, todo era pura sospecha, presentimiento, corrosiva desazón. En tales situaciones, cuando se estaba enfermo, lo mejor, en general, era vomitar y meterse en cama. Muchas veces pasaba sin dolor, venía la madre o la hermana, me daban té y me sentía rodeado de amorosos cuidados; podía llorar o dormir, para despertar luego sano y contento en un mundo completamente distinto, redimido y claro. Mi madre no estaba en la sala de estar y en la cocina sólo había la criada. Decidí ir a ver a mi padre. Una pequeña escalera conducía a su despacho. Aunque también tenía miedo de él, a veces era bueno dirigirse a él, a quien uno tenía que pedir tanto perdón. Era más sencillo y más fácil hallar consuelo en la madre, pero con el padre el consuelo era más valioso, significaba una paz con la recta conciencia, una reconciliación y una nueva alianza con las fuerzas del bien. Después de terribles escenas, investigaciones, confesiones y castigos, a menudo salía del despacho de mi padre bueno y limpio, castigado y amonestado naturalmente, pero lleno de nuevos propósitos, gracias a la unión de fuerzas frente al mal hostil. Decidí ir a ver a mi padre y decirle que no me sentía bien.

Subí la pequeña escalera que llevaba al despacho. Esta pequeña escalera con su olor peculiar y con el sonido seco de los peldaños de madera huecos y ligeros, era, más que el vestíbulo, un camino significativo y una puerta del destino; muchas idas importantes me habían llevado por estos peldaños, centenares de veces había arrastrado por ellos miedo y tormento moral, obstinación e ira feroz, y no pocas veces había obtenido la salvación y una nueva seguridad. La planta baja de nuestra vivienda era el lugar de la madre y del hijo, allí flotaba una atmósfera inofensiva; arriba vivían el poder y el espíritu, había el tribunal y el templo, el «reino del padre». Algo angustiado, como siempre, giré el anticuado picaporte y entreabrí la puerta. Aspiré el olor del despacho paterno: olor a libros y a tinta, diluido por el aire azul de las ventanas entreabiertas, cortinas limpias, blancas, un hilo perdido de perfume de agua de Colonia, y sobre la mesa de escribir una manzana. Pero la habitación estaba vacía.

Entré con un sentimiento mitad de decepción y mitad de alivio. Amortigüé mis pasos y anduve de puntillas, tal como teníamos que andar ahí arriba con frecuencia cuando el padre dormía o tenía dolor de cabeza. Apenas recordé ese andar silencioso y tuve palpitaciones, volví a sentir con más fuerza la angustiosa presión en el bajo vientre y en la garganta. Seguí adelante de puntillas y angustiado, paso a paso; ya no era un visitante inocente ni un suplicante, sino un intruso. Muchas veces, en ausencia de mi padre, me había colado a escondidas en sus dos habitaciones, había espiado y escudriñado su reino secreto y dos veces había robado algo de dentro.

Recordé este detalle e inmediatamente lo supe: la desgracia estaba aquí, pasaría algo; hacía ahora lo que estaba prohibido. ¡Ni hablar de huir! Pensaba en ello, pensaba con impaciencia y fervor en escapar escaleras abajo a mi cuarto o al jardín, pero sabía que no lo haría, no podría hacerlo.

Deseaba interiormente que mi padre se moviese en la habitación contigua, que entrase y rompiese toda la horrible fascinación que me arrastraba y encadenaba diabólicamente. ¡Que venga! ¡Que venga, aunque me riña, pero que venga antes de que sea demasiado tarde!

Tosí para indicar mi presencia y como no recibí ninguna respuesta, llamé en voz baja: «¡Papá!» Todo estaba silencioso, numerosos libros callaban en las paredes, un batiente de la ventana se movía al viento y arrojaba un precipitado reflejo del sol sobre el suelo. Nadie me salvaba y dentro de mí mismo no había ninguna libertad para actuar de otra forma a como el demonio quería. El sentimiento de ser un delincuente me contrajo el estómago y me heló las puntas de los dedos; mi corazón aleteaba angustiosamente. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Sólo sabía que sería algo malo.

Estaba junto a la mesa de escribir, cogí un libro y leí un título inglés que no comprendía. Odiaba el inglés, que mi padre hablaba siempre con mi madre cuando no querían que les comprendiésemos o cuando se peleaban. En una bandeja había toda clase de objetos, mondadientes, plumas, alfileres. Cogí dos plumas y me las metí en el bolsillo, Dios sabe por qué, ni las necesitaba ni carecía de plumas. Sólo lo hice para seguir la presión que me estaba sofocando, que me empujaba a hacer el mal, a perjudicarme a mí mismo, a cargar con la culpa. Eché un vistazo a los papeles de mi padre; vi que había una carta empezada y leí estas palabras: «nosotros y los niños, gracias a Dios, estamos muy bien», y los caracteres latinos de su escritura me parecieron ojos.

Luego, sin hacer ruido y de puntillas, entré en el dormitorio. Allí estaba la cama de hierro del padre, sus zapatillas marrones debajo. Sobre la mesilla de noche había un pañuelo. Aspiré el aire del padre en la fría y clara habitación: su retrato se erigía claramente ante mí. El respeto profundo y la rebeldía luchaban en mi agobiado corazón. Por unos momentos le odié y recordé con malicia y con maligna satisfacción cómo los días en que le dolía la cabeza yacía en su cama, largo y estirado, con un paño mojado sobre la frente, gimiendo de vez en cuando. Sospeché que él, el poderoso, tampoco tenía una vida fácil, que también él, el venerable, conocía la duda en sí mismo y la inquietud. Tan pronto como se desvaneció mi extraño odio, le siguieron la compasión y la ternura. Pero entretanto había abierto un cajón de la cómoda. Había ropa apilada y una botella de agua de Colonia que le gustaba; quise olería, pero la botella estaba aún sin abrir y bien tapada; la volví a dejar en su sitio. A su lado encontré una cajita redonda con pastillas que sabían a regaliz; me metí unas cuantas en la boca. Me invadió una cierta decepción y desilusión, y al mismo tiempo me alegré de no haber encontrado ni cogido nada más.

Cuando ya había renunciado, tiré de otro cajón con el sentimiento algo aliviado y con el propósito de volver a dejar en su sitio las dos plumas robadas. Quizás era posible volver atrás,

arrepentirse, corregirse y redimirse. Quizá tenía más fuerza sobre mí la mano de Dios que toda tentación. ..

Eché una rápida mirada por la rendija del cajón apenas abierto. ¡Ah, si hubiera habido calcetines o camisas o periódicos viejos! Pero allí había precisamente la tentación y en pocos segundos volvió el calambre y el hechizo del miedo; mis manos temblaban y mi corazón palpitaba vertiginosamente. En una caja india o exótica, trenzada con corteza de árbol, vi algo sorprendente, en cualquier caso seductor: una corona entera de higos secos azucarados.

La tomé en la mano, era prodigiosamente pesada. Luego saqué dos o tres higos, me metí uno en la boca y los demás en el bolsillo. Así pues, todo el miedo y toda la aventura no habían sido en vano. De aquí ya no podía obtener ninguna salvación, ningún consuelo. Y no quería salir con las manos vacías. Saqué tres o cuatro higos más, casi no se notó. Después otros. Cuando mis bolsillos estuvieron llenos, la corona había quedado reducida a la mitad. Arreglé los higos restantes colocándolos más espaciados, de manera que pareciese que faltaban menos. Sobresaltado cerré violentamente el cajón y salí corriendo por las dos habitaciones, bajé las escaleras y llegué a mi cuarto donde permanecí de pie, apoyado en mi pequeño pupitre; se me doblaban las rodillas y respiraba con dificultad.

Poco después sonó la campanilla de la comida. Con la cabeza vacía y lleno de desilusión y hastío, metí los higos en mi estantería de libros, los escondí detrás y fui a la mesa. En la puerta del comedor me di cuenta de que tenía las manos pegajosas. Me las lavé en la cocina. En el comedor les encontré a todos esperando. Dije de prisa «Buenos días». Mi padre bendijo la mesa y yo me incliné sobre la sopa. No tenía hambre y me costaba tragar cada sorbo. A mi lado estaban sentadas mis hermanas, enfrente mis padres, todos resplandecientes, alegres y respetables; sólo yo, miserable criminal, solo e indigno, temiendo cualquier mirada amistosa, con el sabor de los higos aún en la boca. ¿Había cerrado la puerta del dormitorio de arriba? ¿Y el cajón?

Era mi desgracia. Me hubiera dejado cortar las manos a cambio de que los higos estuvieran otra vez en la cómoda. Decidí tirarlos, llevármelos a la escuela, regalarlos. ¡Que se marchasen, que no tuviera que verlos nunca más!

—Tienes mala cara hoy —dijo mi padre por encima de la mesa. Miré fijamente mi plato y sentí su mirada sobre mi rostro. Lo notaría. Lo notaba todo siempre. ¿Por qué me atormentaba? Por mí podía llevarme fuera y matarme—. ¿Te pasa algo? —volví a oír su voz. Mentí y dije que tenía dolor de cabeza—. Debes echarte un poco después de comer —dijo—. ¿Cuántas clases tenéis esta tarde?

—Sólo gimnasia.

—Bien, hacer gimnasia no te perjudicará. ¡Pero también debes comer! ¡Haz un esfuerzo! ¡Ya pasará!

Miré de reojo. La madre no decía nada, pero yo sabía que me miraba. Tragué la sopa, luché con la carne y la verdura, bebí agua dos veces. No sucedió nada más. Me dejaron en paz. Al terminar, mi padre dijo la oración de acción de gracias: «Señor, te damos las gracias por tu benevolencia y tu eterna bondad»; un corte corrosivo me separó otra vez de las claras, sagradas y confiadas palabras y de todos los que estaban sentados a la mesa; las arrugas de mis manos eran mentiras y mi actitud devota era blasfemia.

Cuando me levanté, mi madre pasó su mano por mi cabello y la dejó un instante sobre mi frente para ver si estaba caliente.

¡Qué amargo era todo aquello!

Una vez en mi habitación permanecí de pie ante la estantería. La mañana no había mentido, todos los presagios se habían cumplido. Había sido un día desgraciado, el peor que jamás había vivido. Nadie podía soportar uno peor. De existir un día peor era necesario suicidarse. Lo mejor era el veneno, o colgarse. Era preferible estar muerto que vivir. Todo era tan falso y desagradable. Reflexionando distraído eché mano a los higos ocultos y me comí algunos sin darme cuenta.

Me llamó la atención nuestra hucha, estaba debajo de los libros, en la estantería. Era una caja de puros que yo había cerrado con clavos; en la tapa había abierto una tosca ranura con la navaja para meter las monedas. Estaba mal cortada y salían astillas. Ni esto sabía hacer bien. Tenía compañeros que podían hacerlo con mucha maña, paciencia y de forma tan impecable que parecía cepillado por un carpintero. Pero yo siempre era chapucero, me apresuraba y no dejaba nada bien acabado. Lo mismo sucedía con mis trabajos en madera, lo mismo con mi escritura y mis dibujos, lo mismo sucedía con mi colección de mariposas y con todo. No tenía solución. Estaba ahora aquí y había vuelto a robar, peor que nunca. Aún tenía las plumas en mi bolsillo. ¿Para qué? ¿Por qué las había tenido que coger? ¿Por qué uno tenía que hacer lo que no quería?

En la hucha sonaba una sola moneda, la moneda de diez pennigs de Oskar Weber. Desde entonces no habíamos echado nada más. ¡También esta historia de la hucha era una de mis operaciones! Nada servía, todo salía mal. Y lo que empezaba, en seguida se atascaba. No quería saber nada más de aquella hucha.

En días como hoy el rato entre el almuerzo y la escuela era desagradable y duro de pasar. En los días buenos, días tranquilos, sosegados y agradables, era una hora bonita y deseada. Leía un libro de indios en mi habitación o regresaba a todo correr, terminada la comida, al patio de la escuela donde siempre encontraba a algunos compañeros emprendedores y entonces jugábamos, gritábamos y corríamos y nos acalorábamos hasta que el toque de campana nos devolvía a una «realidad»

totalmente olvidada. ¿Pero en los días como hoy, con quién quería uno jugar y cómo podía acallar el demonio en el pecho? Yo lo veía venir. Hoy tal vez no, pero la próxima vez, quizá pronto. Entonces mi destino estallaría por completo. Sólo faltaba una pequeñez, un diminuto suplemento de miedo, de mal y de perplejidad, entonces se produciría la explosión, vendría el gran sobresalto. Un día, exactamente un día como hoy, me hundiría por completo en el mal, haría algo atroz y decisivo con obstinación y furia. Debido a la absurda intolerancia de esta vida, sería algo atroz, pero liberador, que pondría fin para siempre al miedo y al tormento. Desconocía qué sería. Pero muchas veces por mi cabeza habían pasado fantasías y obsesiones desconcertantes sobre esta cuestión, imágenes del crimen con que me vengaría del mundo y al mismo tiempo me descubriría y me aniquilaría a mí mismo. A veces prendía fuego a nuestra casa: enormes llamas volarían a través de la noche, casas y calles serían pasto del fuego, toda la ciudad lanzaría llamas colosales contra el cielo negro. En otros momentos el crimen de mis sueños consistía en vengarme en mi padre, un asesinato, un horrible homicidio. Entonces me comportaría como aquel criminal, el único criminal de verdad que había visto conducir por las callejas de nuestra ciudad. Se trataba de un ladrón al que habían detenido y llevaban al juzgado municipal, esposado, un sombrero hongo ladeado sobre la cabeza, con un gendarme delante y otro detrás. Aquel hombre al que llevaban por la calle, a través de una enorme masa de curiosos, acompañado de maldiciones, bromas maliciosas y malos deseos expresados a voces, aquel hombre no se parecía en nada al pobre diablo huraño que se veía a veces por la calle acompañado de policías y que en la mayoría de los casos era tan sólo un pobre artesano ambulante que había pedido limosna. No, aquél no era ningún artesano, ni parecía indefenso, ni tosco, ni llorón; no recurría a una sonrisa tímida y bobalicona, como ya había visto en otras ocasiones; aquél era un verdadero delincuente que llevaba un sombrero algo abollado sobre su cráneo altanero y firme, estaba pálido y sonreía despectivo, y el pueblo, que le insultaba y escupía, se convertía en gentuza y chusma ante él. Yo mismo había gritado entonces: «¡Carne de horca!», pero después vi su andar orgulloso, erguido, vi cómo llevaba las manos esposadas delante, el sombrero hongo sobre su cabeza enérgica y maliciosa, igual que una fantástica corona, y cómo sonreía. Y entonces callé. Igual que aquel delincuente, yo también sonreiría y mantendría la cabeza erguida, cuando me llevasen al tribunal y al cadalso; y si la gente me empujaba y me lanzaba gritos de burla, yo no diría ni sí ni no, simplemente callaría y les despreciaría.

Y si se me ajusticiaba y mataba, cuando llegase al cielo ante el juez eterno, no iba a doblegarme ni someterme en absoluto. ¡Oh no, aunque le rodearan todos los coros de ángeles y de él brotase toda la santidad y dignidad! ¡Él iba a querer condenarme, dejarme consumir en el fuego! ¡Pero yo no me disculparía, no me humillaría, no le pediría perdón, no me arrepentiría! Si él me preguntaba: «¿Has hecho tal cosa y tal otra?», le diría: «Ya lo creo que lo he hecho y, más aún, está

bien que lo haya hecho y si pudiera lo volvería a hacer. He matado, he incendiado casas, porque me divertía y porque quería mofarme de ti y enojarte. Sí, Dios, te odio y te escupo a los pies. Me has atormentado y maltratado, has hecho leyes que nadie puede respetar, has inducido a los adultos a que nos ensucien la vida a nosotros, los jóvenes.»

Si lograba imaginarme todo esto de manera completamente clara y lograba creer firmemente que iba a actuar y hablar así, me sentía tétricamente bien por unos momentos. Pero en seguida volvían las dudas. ¿No flaquearía, no me dejaría intimidar, no cedería? Y, si lo hacía todo tal como era mi obstinada voluntad, ¿no hallaría Dios una salida, alguna superioridad, alguna patraña, como los adultos y poderosos que siempre lograban llegar triunfantes al final, avergonzarle a uno, no tomarle en serio, humillarle bajo la maldita máscara de la benevolencia? Naturalmente que terminaría así.

Mis fantasías iban y venían, me hacían ganar a Dios con rapidez, me elevaban a criminal inflexible y me volvían a arrojar al fondo, al niño débil y sin energía.

Estaba ante la ventana y miraba el pequeño patio interior de la casa vecina en el que se apoyaban los arbotantes de la casa y donde en un minúsculo jardín verdeaban unas cuantas plantas. De repente, en el silencio de la tarde, oí resonar varias campanadas; firme y serenamente penetraron en mis sueños, primero una campanada clara, exacta, y luego otra. Eran las dos y, asustado, pasé del miedo de los sueños al de la realidad. Empezaba nuestra hora de gimnasia y, aunque saliese volando sobre mágicas alas y me precipitase en la sala de gimnasia, llegaría tarde de todas formas. ¡Otra desgracia! Pasado mañana habría amonestación, injurias y castigo. Mejor sería no ir. Quizá con una buena excusa, sutil y creíble... Pero en aquel momento no se me ocurría ninguna, a pesar de lo maravillosamente que el maestro me había educado para mentir. Ahora ya no estaba en condiciones de mentir, de encontrar, de construir. Mejor era quedarse fuera toda la hora. ¡Qué importaba si a una gran desgracia ahora se sumaba otra pequeña!

Pero la campanada me había despertado y había paralizado mis sueños de fantasía. De repente me sentía muy débil, mi habitación me parecía terriblemente real: el pupitre, los cuadros, la cama, la librería, todo estaba cargado de estricta realidad, todo eran gritos del mundo en el que uno debía vivir y que para mí hoy se había convertido en un mundo hostil y peligroso. ¿Por qué? ¿No había faltado a la hora de gimnasia? ¿Y no había robado miserablemente y había colocado los condenados higos en la estantería antes de comérmelos? ¡Qué me importaba ahora el criminal, Dios y el juicio final! Ya llegaría todo a su tiempo, pero ahora, ahora, en este instante, estaba lejos y eran tonterías, nada más. Había robado y a cada instante podía descubrirse el delito. Quizá ya se había descubierto, quizá mi padre ya había abierto aquel cajón, allí arriba, y se hallaba ante mi infame acción, ofendido y enojado, y pensaba de qué forma podía castigarme. Posiblemente ya venía hacia mí y, si no huía en

seguida, dentro de unos minutos ya tendría ante mí su serio rostro con gafas. Pues él, naturalmente, sabía en seguida que yo era el ladrón. En nuestra casa no había más delincuente que yo, mis hermanas nunca harían una cosa semejante, Dios sabe por qué. ¿Pero para qué necesitaba mi padre tener escondidas en su cómoda aquellas ristras de higos?

Ya había abandonado mi habitación y me había largado por la puerta trasera de la casa y a través del jardín. La hierba yacía bajo el claro sol y las mariposas revoloteaban por el caminito. Ahora todo parecía malo y amenazador, mucho peor que esta mañana. ¡Oh, todo aquello ya lo conocía yo y pensaba que nunca había sentido nada tan angustioso! Todo me miraba desde su trivialidad, desde su tranquila conciencia, la ciudad y el campanario, el césped y el camino, las flores y las mariposas; todo lo que es bonito y alegre, todo lo que se mira con placer, ahora era extraño y maligno. Era como cuando se pasa por sitios conocidos, pero se tiene miedo. Ahora podía volar sobre el prado la mariposa más rara y posarse a mis pies: no significaría nada, no interesaría, no consolaría. Ahora el soberbio cerezo podía ofrecer sus ramas rebosantes, no tendría ningún valor, no produciría ningún placer. Ahora sólo existía una cosa: huir de mi padre, del castigo, de mí mismo, de mi conciencia; fugitivo y desamparado. Inexorable e inevitablemente sucedió todo lo que tenía que suceder.

Corrí desamparado, huí cuesta arriba hasta el bosque, por el monte de robles hasta el molino, pasé por la fuente y seguí cuesta arriba, bosque a través. Aquí habíamos hecho nuestros últimos campamentos de indios. Aquí, el año pasado, cuando mí padre estuvo de viaje, habíamos celebrado la Pascua los niños acompañados por mi madre, habíamos escondido los huevos por el bosque y en el musgo. Aquí, un día de vacaciones, había construido un castillo con mis primos; aún se conservaba la mitad. ¡Por doquier restos de antaño, por doquier la imagen de otro yo distinto al de hoy! ¿Había sido yo así? ¿Tan alegre, tan contento, tan agradecido, lleno de compañerismo, tan cariñoso con mi madre, sin miedo, inconcebiblemente feliz? ¿Lo había sido? ¿Y cómo había podido convertirme en un ser tan distinto, tan malo, tan lleno de miedo, tan destruido? Todo seguía como siempre; el bosque y el río, los helechos y las flores, el castillo y los hormigueros, y en cambio todo estaba envenenado y devastado. ¿No había ningún camino para regresar adonde estaba la felicidad y la inocencia? ¿Ya no podía ser nunca más como había sido? ¿No volvería jamás a reír, a jugar con mis hermanas, a buscar huevos de Pascua?

Corrí y corrí, con sudor en la frente, y tras de mí corría mi culpa y corría la gran sombra monstruosa de mi padre, el perseguidor.

Junto a mí se deslizaban los senderos, se hundían las lindes de los bosques. Me detuve en un altozano, me tumbé a un lado del camino, sobre la hierba, tenía palpitaciones, seguramente debido a la carrera que había hecho monte arriba; pronto estaría mejor. Veía abajo la ciudad y el río, veía el

gimnasio donde se terminaba la clase y los chicos se dispersaban, veía el ancho tejado de mi casa. Allí estaba el dormitorio de mi padre y el cajón en el que faltaban los higos. Allí estaba mi pequeña habitación. Allí, cuando regresase, sería juzgado. Pero ¿y si no regresaba?

Sabía que regresaría. Siempre se regresaba, siempre. Siempre terminaba así. Uno no podía largarse, no podía volar a África o a Berlín. Uno era pequeño, no tenía dinero ni a nadie que le ayudase. ¡Si todos los niños se unieran y se ayudaran mutuamente! Éramos muchos, había más niños que padres. Pero no todos los niños eran ladrones y criminales. Había pocos como yo. Quizá yo era el único. Pero no, sabía que a veces ocurrían cosas como las mías. Un tío mío también había robado de niño y había hecho muchas cosas que yo sabía por una conversación de mis padres que había oído a escondidas, sí, a escondidas que es como uno tiene que escuchar todas las cosas interesantes. ¡Pero todo esto no me servía de nada, y si aquel mismo tío estuviera aquí, tampoco me ayudaría! Ahora era muy gordo y adulto, era pastor, y seguro que defendería a los adultos y a mí me abandonaría. Así eran todos. Con nosotros, los niños, todos eran en parte falsos y mentirosos, representaban un papel, se presentaban diferentes a como eran. La madre quizá no, o menos.

¿Y si no regresaba más? Podía pasar algo, podía romperme el pescuezo o ahogarme, o ponerme bajo un tren. Entonces todo parecería distinto. Me llevarían a casa y todo el mundo estaría callado y horrorizado, y lloraría; a todos les daría lástima y ya no se hablaría más de los higos.

Sabía muy bien que uno puede quitarse la vida a sí mismo. Y pensaba que yo también lo haría un día, más tarde, cuando las cosas fueran muy mal. Hubiera ido bien estar enfermo, pero no solamente con tos, sino realmente enfermo de muerte, como cuando tuve la escarlatina.

Mientras tanto había pasado la hora de gimnasia hacía rato, y también la hora en que se me esperaba en casa para tomar el café. Ahora tal vez me llamaban y me buscaban en mi habitación, en el jardín, en el patio. Pero si mi padre ya había descubierto el robo, no me buscaría porque sabría la razón.

No podía seguir más tiempo tumbado. El destino no me olvidaba, iba tras de mí. Reanudé la carrera. Llegué hasta un banco del parque del que pendía otro recuerdo, otro más, que había sido bonito y querido, pero que ahora quemaba como el fuego. Mí padre me había regalado una navaja y nos fuimos juntos a pasear, contentos y en buena armonía; él se había sentado en este banco mientras yo quería cortar una vara de avellano. Y entonces se me rompió la hoja del cuchillo nuevo. Regresé junto a mi padre, aterrado, quería ocultárselo, pero en seguida mi padre me preguntó por la navaja. Me sentía muy desgraciado por el cuchillo y por las palabras de reproche que esperaba. Pero mi padre había sonreído, me había tocado el hombro ligeramente y me había dicho: «¡Qué lástima, pobre muchacho!» ¡Cuánto le había querido entonces, dentro de mí le pedí perdón fervorosamente! ¡Y ahora, al recordar el rostro de mi padre, su voz, su compasión de entonces, me preguntaba qué

clase de monstruo era yo que había afligido tan a menudo a este padre, le había mentido y hoy le había robado!

Cuando regresé a la ciudad, cerca del puente superior y lejos de nuestra casa, ya había empezado el crepúsculo. De una tienda, tras cuya puerta de cristal ardía ya la luz, llegó corriendo un muchacho que se detuvo de pronto y me llamó por mi nombre. Era Oskar Weber. Nadie podía llegar en un momento más inoportuno. De todas formas, por él supe que el maestro no había notado mi ausencia en la clase de gimnasia. ¿Dónde había estado?

—En ningún sitio —dije—, no me encontraba bien.

Yo estaba taciturno y huraño, y después de un rato, que para mí fue escandalosamente largo, le dije que me estaba cargando. Entonces él se enojó.

—Déjame en paz —dije fríamente—, puedo volver solo a casa.

—¡Ah, sí! —dijo entonces—. ¡Yo puedo ir tan solo como tú, tonto de Fratz! ¡No soy tu perro de aguas, para que lo sepas! ¡Pero antes quisiera saber qué pasa con nuestra hucha! Yo he metido una moneda de diez pfennigs y tú nada.

—Tu moneda puedes volver a tenerla hoy mismo si tanto te preocupa. Así no tendré que volverte a ver más. ¡Como si yo te hubiera quitado algo!

—El otro día bien la cogiste —dijo con ironía, pero dejando una puerta abierta para la reconciliación.

Pero yo me había acalorado y enfadado, todo el miedo y la perplejidad acumulados en mí estallaban en viva cólera. ¡Weber no tenía qué decirme! Frente a él yo tenía razón, frente a él yo tenía la conciencia tranquila. Y necesitaba a alguien ante quien poder pavonearme, ante quien poder estar orgulloso y seguro. Todo lo que había en mí de desordenado y tenebroso fluía salvajemente hacia esta salida. Hice lo que hasta entonces había evitado con tanto cuidado: me mostré como un hijo de papá, le di a entender que yo no perdía nada renunciando a la amistad de un chico de la calle. Le dije que ya se le había terminado el comer bayas en nuestro jardín y el jugar con mis cosas, Me sentía enardecer y reanimarme: tenía un enemigo, un adversario, alguien que era culpable, alguien a quien poder agarrar. Todos mis impulsos vitales se reunían en este furor redentor, oportuno, liberador, en el feroz placer ante el enemigo que esta vez no vivía en mí mismo, sino que estaba enfrente, me miraba con ojos asustados, al principio, y enojados luego; oía su voz, despreciaba sus reproches y podía sobrepujar sus injurias.

Durante el creciente intercambio de palabras, muy rápido, bajamos el oscuro callejón; desde alguna puerta nos seguían con la mirada. Toda la ira y el desprecio que yo sentía contra mí mismo se volvían contra el desgraciado Weber. Cuando me amenazó con denunciarme al profesor de gimnasia, sentí un verdadero placer: se colocaba en la injusticia, se hacía ruin. Me fortalecía.

Cerca de la calle Metzer comenzamos a pegarnos; algunas personas se quedaban mirándonos. Nos pegamos al estómago, a la cara; nos dimos patadas. Por un instante lo había olvidado todo, tenía razón, no era un delincuente; el entusiasmo de la lucha me hacía feliz y, aunque Weber era más fuerte, yo era más ágil, listo, rápido y fogoso. Nos calentamos y nos pegamos con furia. Con un golpe desesperado me rompió el cuello de la camisa y sentí una fría corriente de aire sobre mi piel ardiente.

En medio de los golpes, los forcejeos, las patadas, apretones y abrazos, no cesábamos de hostigarnos, injuriarnos y anonadarnos con palabras que cada vez eran más apasionadas, insensatas y malignas, más poéticas y fantásticas. En esto también era yo el más agudo, original, inventivo. Él decía «perro», yo respondía «puerco perro». Él gritaba «canalla», yo replicaba «satán». Ambos sangrábamos, pero no sentíamos nada. Nuestras palabras acumulaban deseos y encantos maléficos; nos enviábamos mutuamente a la horca, deseábamos tener cuchillos para clavarlos en el pecho del contrincante y hurgar en sus entrañas, insultábamos nuestros nombres, a nuestras familias, a nuestros padres.

Fue la primera y única vez que he luchado así, con entrega total a la guerra, hasta el fin, con absoluta crueldad, contundencia, injuria. Muchas veces había oído con horrorizado placer estas blasfemias e insultos vulgares y primitivos. Ahora los gritaba como si los utilizase desde pequeño. Las lágrimas me brotaban de los ojos y la sangre de la boca. El mundo, sin embargo, era encantador, tenía sentido; era bello vivir, pegar, sangrar y hacer sangrar.

Jamás he sido capaz de recordar el final de esta lucha. En algún momento terminó, me quedé solo. En la tranquila oscuridad reconocí calles y casas, me encontraba cerca de la mía. Lentamente huyó la pasión, lentamente cesó la efervescencia y la ira, y la realidad penetró poco a poco en mi sensibilidad. Primero por los ojos. La fuente. El puente. Sangre en mi mano, el traje roto, los calcetines caídos, dolor en la rodilla, en un ojo. Mi gorra. Todo llegaba a pedazos, se hacía realidad y me hablaba. De repente me sentí profundamente cansado, me temblaban las rodillas y los brazos, me apoyé en una pared.

Allí estaba mi casa. ¡Gracias a Dios! Sólo sabía que allí había refugio, paz, luz, alivio. Jadeando abrí el alto portón.

Una vez dentro, con el olor a piedra y a fría humedad, me inundó el recuerdo, centuplicado. ¡Oh, Dios! Olía a estrechez, ley y responsabilidad, a padre y a Dios. Había robado. No era un héroe herido que regresaba a casa después de la batalla. No era un pobre niño que llegaba a casa para encontrar el calor y la compasión de la madre. Era un ladrón, un delincuente. Arriba no había ningún refugio para mí, ni cama, ni descanso, ni comida ni cuidados, ni consuelo ni olvido. Me esperaba la culpa y el tribunal.

En el corredor, con la oscuridad del atardecer, y en la escalera cuyos peldaños subí penosamente, respiré, creo que por primera vez en mi vida, el aire frío, la soledad, el destino. No veía ninguna salida, no tenía ningún plan, tampoco miedo, sólo el frío y crudo sentimiento de que «tiene que ser». Subí agarrado a la barandilla, ante la puerta de cristal sentí el deseo de permanecer un instante en la escalera, de tomar aliento, tranquilizarme. No lo hice, no tenía sentido. Tenía que entrar. Al abrir la puerta pensé: «¿Qué hora debe de ser?»

Penetré en el comedor. Estaban sentados alrededor de la mesa, habían terminado de comer, aún había un plato con manzanas. Eran cerca de las ocho. Nunca había llegado tan tarde a casa, nunca había faltado a la cena.

—¡Gracias a Dios que has llegado! —gritó mi madre. Comprendí que estaba preocupada por mí. Se me acercó corriendo y se detuvo espantada cuando vio mi cara y mi traje sucio y roto. Yo no decía nada ni miraba a nadie, pero percibí claramente que mis padres se comunicaban con la mirada. Mi padre callaba, se dominaba, sentía, sin embargo, su cólera. Mi madre me cogió por su cuenta, me lavó la cara y las manos, me puso esparadrapo. Después me dio de comer. Me envolvían la compasión y los cuidados; estaba sentado en silencio, profundamente avergonzado; sentía el calor y lo saboreaba con mala conciencia. Después me mandaron a la cama. Di la mano a mi padre sin mirarle.

Cuando ya estaba en la cama, mi madre vino a verme. Cogió mis ropas de la silla y puso otras; el día siguiente era domingo. Después, con tacto, empezó a preguntarme y yo tuve que contarle mi riña. Naturalmente lo encontró muy mal, pero no me reprendió. Se mostró un poco sorprendida de que por esto estuviera tan abatido y asustado. Luego se marchó.

Y pensé que estaba convencida de que todo iba bien. Me había peleado, me habían golpeado hasta hacerme sangre, pero mañana todo se habría olvidado. De lo otro, del verdadero motivo, no sabía nada. Se había apenado, pero estaba serena y cariñosa. Era muy probable que mi padre tampoco supiera nada.

Me asaltó un terrible sentimiento de decepción. Ahora notaba que, desde el instante en que penetré en nuestra casa, sólo tenía un deseo ardiente y devorador. Sólo había pensado, deseado, esperado que estallase por fin la tormenta, que se me juzgase, que lo terrible se convirtiera en realidad y terminara así el horrible miedo. Estaba preparado y dispuesto a todo. Deseaba ser duramente castigado, golpeado y encerrado. ¡Que no me dieran de comer! ¡Que me maldijeran y me repudiaran! ¡Con tal de que terminase el miedo y la tensión!

En lugar de todo esto, estaba ahí, tumbado, disfrutaba de cariño y de cuidados, me trataban amistosamente. No había sido juzgado por mis delitos; de nuevo podía esperar y temer. Me habían perdonado el traje roto, la ausencia, la cena perdida, porque estaba cansado y sangraba y les daba

lástima, pero, sobre todo, porque no sospechaban lo otro, porque sólo conocían mi travesura, pero no mi delito. ¡Me iría mucho peor cuando todo se supiera! Tal *vez* me enviarían, como habían amenazado otras veces, a un reformatorio, donde se comía pan duro, donde uno tenía que cortar leña y limpiar botas en su tiempo libre, donde había grandes dormitorios con vigilantes que te pegaban con un bastón y te despertaban a las cuatro de la mañana con agua fría. ¿O me entregarían a la policía?

Pero, de todas formas, fuese como fuese, volvía a disponer de un tiempo de espera. Aún tenía que soportar el miedo, andar con mi secreto a cuestas, temblar ante cualquier mirada o paso; no podía mirar a nadie a la cara.

¿O era posible que mi robo nunca se descubriera? ¿Que todo quedase como estaba? ¿Que hubiese padecido tanto miedo y tormento en vano? ¡Oh, si sucediera esto, si fuera posible lo impensable, lo maravilloso, entonces quisiera empezar una vida totalmente nueva, quisiera dar gracias a Dios y hacerme digno de Él viviendo hora tras hora completamente limpio y sin mancha! Lo que ya antes había intentado, y había fracasado, ahora sucedería, ahora mi propósito y mi voluntad eran fuertes. ¡Ahora sí, después de tanta angustia, de este infierno lleno de tortura! Todo mi ser se impregnaba de esta idea y la absorbía fervientemente. Aunque llovía, el futuro se abría azul y soleado. Por fin me dormí con estas fantasías. Dormí toda la noche sin preocupaciones.

Al día siguiente era domingo y, aún en la cama, noté, como sabor de una fruta, el peculiar sentimiento de domingo, confuso, pero delicioso, tal como lo conocía desde que había empezado a ir a la escuela. La mañana del domingo era algo bueno: dormir, sin escuela, la perspectiva de un buen almuerzo, ningún olor a maestro ni a tinta, una gran cantidad de tiempo libre. Esto era lo principal. Tan sólo más débilmente sonaban otros tonos extraños, sosos: ir a la iglesia o a la escuela dominical, pasear con la familia, tener cuidado del traje bonito. Por ello, el sabor y el perfume limpio, bueno y exquisito, se adulteraban un poco y se descomponían. Era como si se comieran dos platos a la vez, budín con caldo, que no encajaban por completo, o como los caramelos y pasteles que le regalan a uno en una cajita y tienen un fatal saborcillo a queso o a petróleo. Uno los comía y eran buenos, pero nada era completo ni extraordinario y uno tenía que cerrar un ojo. Así, más o menos, era la mayoría de los domingos, especialmente cuando tenía que ir a la iglesia o a la escuela dominical, lo que no pasaba siempre por fortuna. El día libre llegaba, pues, con un gustillo a deber y a aburrimiento. Y durante los paseos con la familia, aunque muchas veces podían ser bonitos, en general solía pasar algo: había pelea con las hermanas, uno iba demasiado aprisa o demasiado despacio, uno se ensuciaba el traje con resina; casi siempre había algún problema.

Bien, podía venir lo que fuese. Me sentía bien. Desde ayer había pasado mucho tiempo. No había olvidado mi acción infame, por la mañana ya se me presentó de nuevo, pero había pasado tanto

tiempo desde entonces que el espanto se había alejado y hecho irreal. Ayer había expiado mi culpa, aunque sólo fuese por los remordimientos de conciencia. Había pasado un día malo, lamentable. Ahora volvía a inclinarme por la confianza y la candidez y no me sentía preocupado. El asunto no estaba completamente liquidado, aún provocaba cierta amenaza y ciertos escrúpulos, como sucedía con cada deber y cuidado en los bellos domingos.

A la hora del desayuno todos estábamos contentos. A mí me habían dejado escoger entre la iglesia y la escuela dominical. Preferí, como siempre, la iglesia. Allí, al menos, se le dejaba a uno en paz y podía dejar volar sus pensamientos; además el solemne y elevado recinto con sus ventanas multicolores era, en general, bonito y venerable. Y si uno miraba con ojos distraídos hacia el órgano, a lo largo de la oscura y profunda nave, veía a menudo imágenes maravillosas; los tubos del órgano que se elevaban en las tinieblas parecían a veces una ciudad reluciente con centenares de torres. Además, cuando la iglesia no estaba llena, podía leer tranquilamente un libro de cuentos.

Aquel día no cogí ninguno ni pensé en escabullirme del oficio, como había hecho en otras ocasiones. Habían resonado tantas cosas en mi interior desde ayer por la tarde, que tenía buenos y rectos propósitos y había decidido comportarme amable y dócilmente con Dios, con mis padres y con el mundo. Incluso se había desvanecido por completo mi cólera contra Oskar Weber. Si hubiera venido, le habría recibido con los brazos abiertos.

Empezó el servicio divino, canté con todos; se trataba del himno *Pastor de tus ovejas* que habíamos aprendido de memoria en la escuela. Me llamó la atención comprobar que un versículo cantado lenta y prolongadamente, como se hace en la iglesia, tenía un aire completamente distinto del mismo versículo leído o recitado. Leído, un verso era completo, tenía sentido, constaba de frases. Cantado, sólo constaba de palabras, las frases no se realizaban, no tenían ningún sentido, pero en cambio las palabras, las palabras aisladas, cantadas y muy prolongadas, cobraban una vida muy fuerte, independiente. Sí, muchas veces sólo eran sílabas, algo completamente absurdo en sí, que en el canto se independizaba y tomaba forma. El versículo *Pastor de tus ovejas que no siente sueño,* por ejemplo, aquel día se cantaba en la iglesia sin ninguna relación ni sentido, uno no pensaba en nada. Pero no era aburrido. Palabras sueltas, por ejemplo, «o-ve-jas», resultaban tan extrañamente llenas y bonitas que uno se mecía en ellas. También el «siente» sonaba misterioso y grave, recordaba a «vientre» y a cosas oscuras, sensibles, poco conocidas, que uno tiene en las entrañas. ¡Además, el órgano!

Luego llegó el pastor de la ciudad y dijo el sermón, que siempre era tan incomprensiblemente largo. Uno escuchaba de manera tan especial, que oía el sonido de la voz flotando como campanadas, luego percibía palabras sueltas, claras y agudas, unidas a su sentido, y uno se esforzaba por seguirlas, mientras duraban. Si al menos hubiera podido sentarme en el coro, en lugar de estar entre los

hombres de la tribuna. En el coro, donde me había sentado durante los conciertos de la iglesia, uno se hundía en macizas sillas aisladas; cada una de ellas era un pequeño edificio sólido y encima había una bóveda muy atrayente, vasta y reticular, y arriba en la pared estaba pintado en colores suaves el sermón de la montaña; las vestiduras azules y rojas del Salvador sobre el cielo azul pálido resultaban tiernas y agradables de mirar.

A veces crujía la sillería de la iglesia, lo que me producía una profunda aversión; las sillas estaban pintadas con un barniz amarillo, triste, en el que uno siempre se quedaba un poco pegado. De vez en cuando, arriba, zumbaba una mosca que se lanzaba contra alguna de las ventanas, cuyos arcos tenían pintadas flores azulgranas y estrellas verdes. Y de improviso se terminaba el sermón y yo me echaba hacia adelante para ver desaparecer al pastor por la estrecha y oscura escalera de tubo. La gente volvía a cantar tomando aliento, muy fuerte, y se ponía en pie y salía en masa. Eché la moneda de cinco pfennigs en la caja de ofrendas; aquel sonido de hojalata cuadraba mal con la solemnidad. Me dejé arrastrar hacia el portal por la oleada humana que me empujó al aire libre.

Ahora llegaba el momento más bonito del domingo, las dos horas entre la iglesia y el almuerzo. Había cumplido mi deber. Después de estar mucho tiempo sentado, ansiaba moverme, jugar o pasear, leer un libro. Era completamente libre hasta el mediodía, en que, en general, había algo bueno de comer. Contento, anduve hacia casa, lleno de alegres pensamientos y sentimientos. El mundo estaba en orden, en él se podía vivir. Pacífico, atravesé el vestíbulo y la escalera al trote.

En mi habitacioncita brillaba el sol. Miré mis cajas de gusanos de seda que el día antes había descuidado, encontré un par de crisálidas nuevas, puse agua fresca a las plantas.

La puerta se movió.

Al principio no reparé en ello. Tras un instante noté un silencio extraño. Me volví. Allí estaba mi padre. Estaba pálido y parecía atormentado. El saludo se me quedó en la garganta. ¡Comprendí que lo sabía! Estaba allí. Empezaba el juicio. ¡Nada había mejorado, nada se había expiado, nada se había olvidado! El sol palideció y la mañana de domingo se marchitó.

Arrancado de todos los cielos, yo miraba fijamente a mi padre. Le odiaba. ¿Por qué no vino ayer? Ahora yo no estaba preparado para nada, no tenía nada dispuesto, ni siquiera arrepentimiento ni sentimiento de culpabilidad. ¿Y para qué necesitaba tener higos arriba, en su cómoda?

Fue a mi estantería, metió la mano detrás de los libros y sacó algunos higos. Quedaban pocos. Me miró con una pregunta muda, penosa. No pude decir nada. El pesar y la terquedad me ahogaban.

—¿Qué sucede? —dije entonces.

—¿De dónde has sacado estos higos? —preguntó con una voz contenida y suave que me era amargamente odiosa.

Empecé a hablar en seguida. A mentir. Conté que había comprado los higos a un pastelero, toda una ristra. ¿De dónde procedía el dinero? El dinero procedía de una hucha que yo tenía junto con un amigo. Los dos habíamos metido todas las monedas que recibíamos de vez en cuando. Por lo demás, aquí estaba la hucha. Traje la caja con la ranura. Ahora no había dentro más que una moneda de diez pfennigs, porque precisamente ayer habíamos comprado los higos.

Mi padre escuchó con rostro tranquilo y contenido que no me engañaba.

—¿Cuánto costaron los higos? —preguntó con voz demasiado baja.

—Un marco sesenta.

—¿Y dónde los compraste?

—En la pastelería.

—¿En cuál?

—En Haager.

Hubo una pausa. Yo seguí sosteniendo la caja del dinero con dedos temblorosos. Todo en mí estaba frío y helado. Preguntó con una amenaza en la voz:

—¿Es cierto?

Yo volví a hablar de prisa. Sí, naturalmente que era cierto, y mi amigo Weber había entrado en la tienda, yo sólo le había acompañado. El dinero era casi todo de él, de Weber; mío había muy poco.

—Coge tu gorra —dijo mi padre—, vamos a ir juntos a la pastelería Haager. Vamos a comprobar si es verdad.

Intenté sonreír. Entonces el frío me llegó hasta el corazón y el estómago. Me adelanté y en el corredor cogí mi gorra azul. Mi padre abrió la puerta encristalada; él también había cogido su sombrero.

—Un momento —dije—, tengo que ir al retrete en seguida.

Asintió. Fui al retrete, cerré. Estaba solo, por un momento estaba en seguridad. ¡Oh, si muriese ahora! Permanecí dentro un minuto o dos. No sirvió de nada. No moría. Resistía. Abrí la puerta y salí. Bajamos la escalera.

Cuando cruzamos la puerta de casa, se me ocurrió una idea salvadora y dije rápidamente:

—Pero hoy es domingo y Haager no abre.

Era una esperanza que duró dos segundos. Mi padre dijo con serenidad:

—Entonces iremos a su casa. Vamos.

Nos fuimos. Enderecé mi gorra, metí una mano en el bolsillo e intenté ir junto a él como sí no pasara nada especial. Aunque sabía que toda la gente me miraba, que era un delincuente conducido, intenté, sin embargo, disimularlo de mil maneras. Me esforcé por respirar de forma sencilla y leve;

no era necesario que nadie viese cómo se contraía mi pecho. Me veía obligado a poner cara ingenua, a fingir trivialidad y seguridad. Me subí un calcetín sin que fuese necesario hacerlo. Y sonreía aunque sabía que esta sonrisa parecía terriblemente necia y artificial. En mi interior, en mi garganta y en mis entrañas, se había instalado el diablo y me ahogaba.

Pasamos por delante de la fonda, junto a la herrería, junto a los coches de alquiler, junto al puente del ferrocarril. Allí arriba me había peleado la tarde pasada con Weber. ¿Aún me dolía el rasguño del ojo? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Seguía andando sin energía. Bajamos por la calle de la estación. ¡Qué buena e inofensiva era ayer esta calle! ¡No pensar! ¡Adelante! ¡Adelante!

Estábamos muy cerca de la casa de Haager. En estos minutos había imaginado cien veces la escena que me esperaba allí. Ya llegábamos. Era el momento.

Pero no pude resistirlo. Me detuve.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi padre.

—Yo no entro —dije en voz baja.

Me miró. Él lo sabía desde el principio. ¿Por qué había hecho yo toda la comedia con tanto esmero? No tenía ningún sentido.

—¿No compraste los higos en casa de Haager? —preguntó.

Meneé la cabeza negativamente.

—¡Ah! Bueno —dijo con aparente tranquilidad—. Entonces podemos irnos a casa.

Se comportaba cortésmente, me respetaba en la calle, ante la gente. Había muchas personas por el camino, a cada momento saludaban a mi padre; ¡Qué comedia! ¡Qué tormento absurdo, necio! No podía agradecerle esta indulgencia. ¡Lo sabía todo! Y me dejaba danzar, dejaba que realizara mis inútiles piruetas, como si dejara bailar a una razón cogido en la trampa, antes de ahogarlo. Ojalá me hubiera pegado en la cabeza con un bastón, desde un principio, sin preguntarme nada, sin interrogarme; hubiera sido, en el fondo, mejor que esta tranquilidad y justicia con que me cercaba, cogido en mi necia sarta de embustes, y me asfixiaba lentamente.

Tal vez hubiera sido mejor tener un padre más rudo que no uno tan distinguido y justo. Un padre como aparecía en las historietas y folletines, que apalea a sus hijos cuando está iracundo o borracho, que no tiene razón. Aunque la paliza duela, al menos uno puede encogerse interiormente de hombros y despreciarle. Con mi padre no se podía, era demasiado distinguido, irreprochable, no se equivocaba jamás. Ante él uno era siempre pequeño y miserable.

Con los dientes apretados marché delante de él, a casa, a mi habitación otra vez. Él seguía tranquilo y frío. Lo parecía, al menos. Pues, en realidad, estaba muy enfadado y yo lo notaba claramente. Empezó a hablar en su forma acostumbrada.

—Sólo quisiera saber para qué sirve esta comedia. ¿Puedes decírmelo? En seguida supe que toda tu bonita historia era falsa. ¿Por qué las excusas? ¿No me tendrás, en serio, por tan tonto como para creerte?

Seguía mordiéndome los dientes y me entró el hipo. ¡Si quisiera callarse! ¡Como si yo mismo supiera por qué inventé esta historia! ¡Como si supiera por qué no podía confesar mi delito, ni pedir perdón! ¡Como si supiera por qué robé estos estúpidos higos! ¿Es que lo había querido, lo había hecho a conciencia, con premeditación y fundamento? ¿No me dolía? ¿No sufría, en el fondo, más que él?

Esperaba con la cara tensa, llena de penosa paciencia. Tras un momento la situación fue completamente clara para mí mismo, en mi subconsciente, pero no hubiera podido explicarlo, como hoy, con palabras. Era ésta: había robado porque había llegado a la habitación de mi padre desconsolado y, con gran decepción, la encontré vacía. Yo no hubiera querido robar. Al no encontrar al padre, sólo quise espiar, fisgar. Esto era todo. Pero allí estaban los higos y robé. Me arrepentí inmediatamente y estuve atormentado todo ayer y con dudas. Deseé morir, me condené, hice nuevos y buenos propósitos. Pero hoy sí, hoy era distinto. Ayer soporté este arrepentimiento y todo lo demás, pero ahora estaba en ayunas y sentía una resistencia inexplicable, muy fuerte, ante mi padre y ante todo lo que él esperaba obtener de mí.

Hubiera podido decírselo y me hubiera comprendido. Pero también los niños, por muy superiores en inteligencia que sean a los adultos, están perplejos y solos ante el destino.

Abrumado por la obstinación y el enorme dolor, seguí callado, le dejé hablar sabiamente y vi con pena y con extraña malicia cómo todo fracasaba y empeoraba sin cesar, cómo sufría él, cómo estaba decepcionado y apelaba vanamente a todo lo mejor que había en mí.

Cuando preguntó: «¿Entonces has robado tú los higos?», sólo pude asentir con la cabeza. Y cuando quiso saber si lo sentía, no hice más qué afirmar débilmente. ¡Cómo podía él, el gran hombre sabio, preguntar tan tontamente! ¡Como si no me hubiera dolido! ¡Como si él no hubiera podido ver cuánto me dolía y me revolvía el corazón toda la historia! ¡Como si yo hubiera podido alegrarme algo de mi hazaña y de los miserables higos!

Quizá por primera vez en mi vida infantil sentí, en el límite del entendimiento y de la conciencia, cómo dos personas muy próximas, que se quieren, no se comprenden y pueden atormentarse y martirizarse, y cómo toda la conversación, toda la voluntad de ser inteligente, toda la

razón, sólo consiguen inyectar veneno, nuevos tormentos, nuevos pinchazos, nuevos errores. ¿Cómo era posible? Pero era posible, sucedía. Era absurdo, era demencial, risible y dudoso. Pero así era.

¡Basta de esta historia! El domingo concluyó con mi encierro en el desván. El duro castigo perdió parte de su horror por circunstancias que, naturalmente, eran mi secreto. En el oscuro y abandonado desván hallé una caja medio llena de libros viejos que no eran en ningún caso apropiados para niños. Conseguí luz para poder leer apartando una teja. Por la noche de aquel triste domingo mi padre consiguió tener una breve conversación conmigo poco antes de ir a dormir. Nos reconciliamos. Una vez en la cama, tuve el convencimiento de que mi padre me había perdonado completamente. Más que yo a él.

FIN